



Fotografía: @nesteao6.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 1, núm. 1, noviembre 2019-febrero 2020

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2019.1.1>



Esta obra está bajo una licencia  
Creative Commons Atribución-NoComercial-  
CompartirIgual 4.0 Internacional

## Un dios detrás de la mirada. A propósito de *El azar de los hechos*, de Cosme Álvarez

 José Manuel Recillas

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2019.1.1.87>

Casi veinte años después de su primera edición, de nuevo ve la luz *El azar de los hechos*, de Cosme Álvarez, un libro que podría considerarse de corte intimista y que en esta reaparición nos permite ver lo que desde su primera edición debió haber sido detectado: en él se escucha, y se siente, una voz inconfundible, por necesaria, en nuestra poesía. La de Cosme es una voz que nos recuerda, a quienes somos nativos de la ciudad de México, la desgracia de no pertenecer en realidad más que al exilio. Eso es una gran virtud en este libro lleno de luz y de memoria. Sea que se comparta ese origen por una tierra originaria o no, lo que nos muestra el autor es esa orfandad, esa fragilidad humana a la que el viaje en reversa y memorioso nos conduce. No es

que el autor *recuerde* una tierra prometida, con la nostalgia de quien aspira un día regresar. Quizá tampoco sea correcto decir que *viva* esa tierra como quien nunca ha dejado el terruño, porque esa tierra es él mismo, la lleva irremediamente en la sangre. Más bien nos hace verla y vivirla con él. Quizá por ello hay una sensación de complicidad con el poeta al asomarse a ese mundo compartido. Y quizá –también por ello– no resulte casual que el sentido principal que predomina sea el de la vista, por sobre cualquier otro.

En esta inversión semántica de esa epifanía vuelta sensible, visible por la mirada del poeta, se nos revela nuestra más honda condición humana.

La mirada de Cosme no está en una aproximación taxonómica hacia la realidad, en la cual el lector sería un testigo de lo que esa mirada va descubriendo, como si se tratase de un acto externo al mundo. Lo que se halla detrás de esa mirada es una fusión, una hermandad con el mundo. No un simple ver y dar fe de ello. Lo que uno percibe en estos poemas es una *επιφάνεια* en su sentido etimológicamente original: una manifestación, aparición de lo sagrado, de algo que nos hace entender el sentido último de eso que se nos ha revelado por medio de ese acto.

Lo que en última instancia nos revelan estos versos no es, como ya se apuntó, algo externo al mundo, sino precisamente su unidad más íntima, su vínculo más hondo con el ser humano, “como un dios que en la noche / va haciéndose visible / detrás de la mirada”. En esta inversión semántica de esa epifanía vuelta sensible, visible por la mirada del poeta, se nos revela nuestra más honda condición humana; ya sea que se nos describa una tarde, o los rayos del sol cayendo sobre un ciruelo, o la súbita fusión de unos

enamorados bajo la lluvia. No son estas descripciones en sí lo que importan, sino cómo se manifiestan: a través de “presagios de un cielo y sin destino” dejados en el azar de los hechos, “como decir que el horizonte / era una lejana ondulación de ensoñaciones / o colinas suspendidas en el aire”.

Los tres versos recién citados, vueltos afirmación aquí, muestran esa transparencia puesta en juego casi al desgaire merced ese ejercicio de la mirada que nos revela algo que, en realidad, no está ni en las palabras ni en los objetos mirados: el paisaje, los amores, la familia, los amigos, la tierra que es el planeta todo. Podría haberlo dicho de casi cualquier otro objeto, paisaje o relación, pero no parece casual que lo diga del objeto más aparentemente apacible, al que menos atención solemos prestarle: “Miro un templo en los ciruelos desnudos”. En este endecasílabo de tonos casi garcilasianos (acentos en tercera y séptima, en vez de cuarta y octava) el paisaje se distiende en una sola línea, en vez de dar el aletazo del vuelo, como si la mera enunciación fuera ya parte del paisaje, de aquello que se está diciendo, y eso sucede porque en verdad así es: no un templo externo, hecho por el hombre para fines aviesos, sino el templo que es el mundo entero. Justamente esta elegía “Para celebrar la luz de los ciruelos” es uno de los poemas más logrados del libro, un clásico instantáneo que tendría que estar en cualquier antología que se respete.

El título del libro no es casual.  
Es una declaración de principios.  
El horror del mundo siempre  
estará allí, agazapado, para quien  
desea regodearse en él.

No es que el poeta rechace el horror del mundo, esa inmediatez de lo social que tanto daño le hace ahora al discurso lírico –sí, en cierto sentido somos reaccio-

narios y conservadores los que defendemos esta clase de escritura–, sino que prefiere entregarse al azar de los hechos. El título del libro no es casual. Es una declaración de principios. El horror del mundo siempre estará allí, agazapado, para quien desee regodearse en él. Ese horror no es ajeno al libro de Cosme. Lo vemos –o, más bien, se asoma apenas– en los versos iniciales de “Canción de amor”: “Suenan la luz en el oído: / tu voz es una mancha en el espejo del espanto”. Se asoma, con acentos y una hábil paráfrasis rilkeana, en uno de los momentos más logrados del libro, “Oscura”, cuando pregunta:

¿Quién, si yo se lo pidiera, querría  
ponerle vallas a este viento de oscuro cielo  
que grita en mis oídos su negritud sin procedencia  
y ensordece al corazón desposeído  
con los golpes de su cumbre indefinida?

o en otros versos, de rimbaldiana ascendencia, donde se lee:

Viajo huérfano en el barco sin puerto del horror,  
soy el capitán y el marinero.  
Ninguno de los dos tiene refugio.

La poesía de Álvarez está asentada en una tradición bien asimilada y en un aporte lírico sustentado no en la grandilocuencia sino en lo contrario: en la serenidad y la madurez de quien mira el mundo y nos convoca a verlo desde un lenguaje sobrio, ajeno a los imperativos de la inmediatez y sus exigencias. La suya es una voz necesaria en nuestra poesía. —